

confluyan para recalcar en manifestaciones de la identidad y la memoria. Identidad y memoria como factores que alumbran la historia española más próxima. Es un viaje al pasado, pero no para que en él se complazca la nostalgia, sino para comprender e iluminar la realidad del presente, para asumir lo que somos a partir de lo que no hace mucho fuimos, y en cuyos ecos seguimos siendo. Es la certidumbre de la mirada reconociéndose en la propia imagen revelada.

Para llegar a *El jinete polaco*

Decía antes que identidad y memoria, aunque a veces adopten otras máscaras, configuran radicalmente la obra narrativa de Muñoz Molina. La configuran y la esencializan. También el deseo, la otra gran constante que informa el pulso de su escritura. No en vano una cita de T.S. Eliot: «Mixing memory and desire», encabezaba *Beatus ille*. Con el devenir del tiempo no es difícil ver en aquella primera novela mucho de lo que aparece cinco años después, con mucha más sabiduría narradora, con una mayor madurez y profesionalización técnica, en las páginas de *El jinete polaco*. Aun siendo una novela con algunas imperfecciones, *Beatus ille* mostraba ya el estilo deslumbrante de su autor. Mostraba también algunos de los recursos que habrán de caracterizar la estructuración de sus novelas, especialmente el de ordenar el relato como un proceso de reconstrucción, de investigación del pasado más reciente. En *Beatus ille* se trataba de la indagación en torno a un supuesto poeta olvidado de la generación del 27, Jacinto Solana, que concluye en una tragedia al modo clásico. En esa indagación, las falsas apariencias y la verdad se superponen para iluminar el mosaico de una época. En la contemplación de esa iluminación asistimos a la revelación de un tiempo que forma parte de nuestra identidad individual y colectiva. Y asistimos también a la recuperación de un fragmento perdido de nuestra memoria literaria y humana. Como vemos, ya desde el primer momento, Muñoz Molina establece los dos grandes motivos dominadores de su literatura. En *Beatus ille*, además, como más arriba quedó apuntado, se inaugura Mágina, ese espacio mítico que bien puede ser la imagen de la España y la Andalu-

cia que comienza con los últimos años del franquismo y se prolonga hasta el presente.

Nuevos matices de su escritura presentaba Muñoz Molina en su segunda novela, *El invierno en Lisboa*, en la que seguía manifestándose la plenitud brillante y sugerente de su prosa, envuelta ahora en un aliento poético de gran calibre. Aquí aparecían varios de los elementos característicos del gusto del autor, como el jazz y la música pop, al igual que el cine negro americano y sus confluencias literarias, convirtiendo el relato en una suerte de homenaje al mismo. Siguiendo los modos del género policíaco, en la novela se confirma la devoción del escritor por acudir a la fábula y el misterio para explorar vertientes oscuras de la realidad. Y del deseo. Porque *El invierno en Lisboa*, tras su apariencia de historia de amor, jazz e intriga, es una desolada parábola sobre el deseo. Deseo no sólo erótico, carnal, que también, sino como aspiración de ser y de acceder a una otra realidad absoluta en la que los personajes protagonistas establecen los fundamentos de su propia identidad intentando revelar lo que son, la materia de que están hechos y la pérdida y la renuncia a las que el tiempo y la realidad los someten. Deseo que se repetirá en *El jinete polaco*, tanto en su dimensión erótica como en su vertiente ontológica de aspiración de conocimiento del propio ser. Y en *El invierno en Lisboa*, de nuevo, la memoria determinando la existencia. El pasado oculto, secreto, impregna el presente hasta transformarlo en una búsqueda que concluye en derrota.

Si en *El invierno en Lisboa* Muñoz Molina se servía de los procedimientos del género policíaco, en *Beltenebros* recurre a la técnica de las novelas de espionaje para narrar una conspiración política. La novela es la historia de un ajuste de cuentas por la antigua traición de un luchador antifranquista que delató a sus compañeros de clandestinidad. El escenario y el tiempo narrativo son perfectamente identificables e inmediatos. Pero bajo la apariencia de relato político y revisión de uno de los aspectos más secretos y desconocidos de nuestra historia aún reciente, Muñoz Molina crea un juego de historias paralelas en el que las identidades dudosas y el ocultamiento de la verdad confluyen en la realidad de un espacio clausurado y vuelto sobre sí mismo. Ese espacio que Muñoz Molina expresa con su escritura densa y plena de tensiones llega a imponerse de forma extrema, su-

plantando a la misma realidad inmediata e, incluso, al mismo acontecer del tiempo que se refleja, como espejos enfrentados, en hechos ya sucedidos en el pasado. Al igual que ocurriera en *Beatus ille*, la historia más próxima y aún viva, la memoria reciente, es objeto y objetivo de su escritura. Del mismo modo, las identidades dudosas, las falsas apariencias, el enmascaramiento del verdadero rostro, se superponen en el proceso de búsqueda de las verdades individual e histórica. Y al igual que en *El invierno en Lisboa*, un poso de desamor, de deseo vencido envuelve el clima de los acontecimientos. El proceso de la revelación de la identidad de Beltenebros es el proceso de la revelación de nuestro pasado de rostro oscuro, el poner en evidencia, plural y colectiva, que conforma nuestra historia política.

Antes de llegar a *El jinete polaco* donde, entre otras cosas, Muñoz Molina se libera de toda deuda deliberada con la literatura de género, y en donde sus recursos y su habilidad narrativa se aplican para conseguir una obra apasionada y de extraordinario rigor, dos mínimas notas acerca de otros tantos componentes, aún no mencionados, que laten en la escritura del novelista. Uno de ellos, de clara filiación cervantina, es la ironía, transformada muchas veces en misericordia, con que el escritor contempla a sus criaturas. El otro lo entronca directamente con Pérez Galdós. Es la poderosa capacidad para observar la realidad en cualquiera de sus manifestaciones y trascenderla a materia literaria. Son dos débitos, dos devociones que el propio escritor ha confesado alguna vez.

Ante *El jinete polaco*

Todo parece indicar que con *El jinete polaco* Muñoz Molina culmina un ciclo de gran coherencia narrativa. Los elementos y los recursos presentes en sus novelas anteriores se concitan aquí nuevamente en un texto ambicioso, extenso y arriesgado. Es una obra tan compleja como intensa y profunda. También es la que más está enclavada en la realidad hasta el extremo de revestir la apariencia de autobiografía y saga familiar. Vuelto de nuevo al escenario andaluz de Mágina, Muñoz Molina da vida a un apasionado mosaico de seres y acontecimientos que abarcan un dilatado período de tiempo, en-

tre el asesinato de Prim en 1870 y los ecos extinguidos de la Guerra del Golfo. De nuevo se trata de un intento de esclarecer el pasado, de nuevo la indagación en la memoria para reconocernos y saber quiénes somos en el presente. Y ello, como no podía ser menos, transcurriendo en una doble vertiente. La historia individual del protagonista y su compañera se proyecta en la historia colectiva. La dimensión íntima y personal se imbrica con los acontecimientos familiares, sociales, políticos, culturales de la colectividad y su evolución cronológica. Desde el presente, la pareja protagonista recupera la memoria del pasado que se simboliza en el baúl de fotografías antiguas en el que han quedado detenidos seres y escenas de la mítica Mágina y que ambos contemplan en un intento de revivir el tiempo, en un afán de reconstruir la propia identidad.

Esa evocación, en absoluto tributo nostálgico, ilumina reveladoramente, a la par que lo recrea, un período decisivo de la historia española. En ella somos testigos del proceso evolutivo social y político del país que ha desembocado en la realidad democrática del presente. Una transformación y un proceso que, evidentemente, alcanza también al protagonista y cuya proyección, entre otros aspectos, puede rastrearse en los distintos escenarios que forman parte de sus vivencias: desde el ámbito rural de su infancia, al período de su aprendizaje madrileño para concluir con una etapa en la que aparece Nueva York como emblema de su cosmopolitismo presente. Del mismo modo, el transcurrir de las acciones paralelas de los personajes secundarios, espléndidamente caracterizados, que pueblan la novela, inciden en clarificar, potenciando la trama central, las modificaciones del conjunto del tiempo y de la historia. Junto a ello, otros signos pueden detectarse. Singularmente las constantes referencias musicales que, al cabo, componen todo un catálogo, entre sentimental y mítico, de los cambios habidos en gustos y costumbres. Como ya hemos visto, las alusiones musicales, ya sean de ámbito popular o del pop y el rock, constituyen uno de los recursos del gusto de Muñoz Molina. En *El jinete polaco* lo emplea como baremo del sentimiento y como testigo del devenir del tiempo.

Estructurada la novela en tres partes, la primera de ellas corresponde a la niñez y primera adolescencia. Las voces de los protagonistas, establecidas en Mágina, reconstruyen un territorio y unos seres que la memoria

rescató del olvido. Es la geografía de la infancia, el mundo del pueblo, de la familia, de las primeras leyendas y las primeras canciones, de los personajes misteriosos, de las amistades iniciáticas, de los originarios recuerdos. Es un viaje evocador y pleno de ternura hacia las raíces. La segunda parte corresponde al período de formación y etapa cosmopolita. El escenario de la acción cambia y se hace más intensa la presencia del elementos político, de la reflexión sobre los restos de la guerra civil. El protagonista vive los años oscuros del franquismo y busca en la huida la salvación de la miseria moral, el vacío y la mezquindad que lo envuelve. Es también el tiempo del íntimo despertar a la conciencia social, al compromiso político, a la cultura. También al erotismo y el deseo. Y, finalmente, la última parte, que da título a la novela, es la del regreso, el retorno a las propias raíces ante el convencimiento de que todas las huidas desembocan en la nada. Desengañado y terriblemente desesperanzado ante la falsedad y las imposturas de la realidad presente, la entrega a la consumación del amor de forma exasperada, próxima a la desesperación, será tal vez el único asidero al borde del abismo. Tras la furia de la huida viene la dulzura del regreso. Al final sólo queda la memoria de lo que se ha sido y el deseo de los cuerpos.

Quedan también las palabras. Palabras por las que Muñoz Molina manifiesta en *El jinete polaco* una fe ciega y absoluta. «Siento que habito en el reino de las palabras y que vuelvo a ser habitado por ellas», se dice en un momento de la novela. Palabras para habitarlas y para vivirlas en su recuerdo: «decías que las palabras eran un hilo y que si dejabas de hablar el hilo se rompería y se te borrarían todas de la memoria», explica el protagonista. Palabras para perseguirlas sin motivo y saberse vivo en su sonido: «no era capaz de vivir cuando se ex-

tinguían, me daba miedo de no escuchar, como un ciego que descubre que lo han dejado solo». Muñoz Molina es de esa estirpe de narradores que lo son irremediablemente, sabiéndose destinado a la terrible o dulce condena de existir entre palabras.

De esa fe apasionada en el poder del verbo surge la torrencialidad, el caudal vivísimo de la escritura de *El jinete polaco*. El relato se va ramificando en múltiples meandros y ramas paralelas, se encabalga con otras acciones, y se llena de resonancias y de enigmas que al final encajan con naturalidad en una muestra de lo que es soberbia arquitectura narrativa del autor. Una arquitectura en la que Muñoz Molina no ha renunciado a su estilo característico. Al contrario, lo ha potenciado inexorablemente para dar forma a una obra unitaria desde una dispersión que no es más que aparente. Con su prosa evocadora y deslumbrante, envolvente y apasionada, Muñoz Molina ha sabido además adecuarse a diferentes cambios de perspectivas del punto de vista narrador, confiriéndole así al texto una mayor hondura comunicativa y un rigor expresivo creciente. Y todo ello sin voluntad de artificio vacío ni de alambicamientos que suplantarán el intenso deseo de claridad textual, de comunicación. Las voces que el autor ha utilizado lo han sido para decirse a sí mismo y para decir a los demás. Para revelarse y desvelarse, en suma. Y con ello, indagar y mostrar las voces y las máscaras de nuestra historia inmediata. De nuevo identidad y memoria. Y el deseo de amar y de ser. Reconociéndonos en nuestro propio legado. Nunca fue de otra manera.

Sabas Martín

